



SITUACIÓN DE LA INFANCIA EN OCEANÍA

Principales problemas de la infancia

En la región del Pacífico, la población se encuentra dispersa entre un gran número de islas, por lo que resulta difícil prestarle de manera eficaz servicios de atención de la salud y educación, así como otros servicios sociales. El transporte por aire es caro y no siempre resulta posible volar a los rincones más remotos de esta gran área, algunos de los cuales ni siquiera cuentan con servicios frecuentes de transporte por mar. Muchas de estas islas están a merced de desastres naturales como inundaciones, tifones y erupciones volcánicas. Según UNICEF, los principales problemas que afronta la infancia en los Estados insulares del Pacífico son los siguientes:

- En muchas naciones las tasas de vacunación están descendiendo, en parte debido a que en las islas más distantes resulta difícil mantener la cadena de refrigeración.
- A pesar de que la lactancia materna de los recién nacidos es una práctica común, pocas madres continúan amamantando a sus hijos durante los primeros seis meses de vida.
- Aunque las tasas de contagio del SIDA son bajas, las islas del Pacífico tienen todos los componentes necesarios para que se desate una epidemia grave: pobreza, analfabetismo, explotación sexual de los niños y niñas, prevalencia de prácticas sexuales peligrosas, así como las relaciones con parejas múltiples. Aferrados a la creencia generalizada de que en la región del Pacífico el SIDA no existe, la mayoría de los Gobiernos insulares han hecho poco por prevenir la propagación del virus.
 - El número de trabajadoras sexuales aumenta en toda la región.
 - Las causas principales de la morbilidad infantil son las lesiones y los accidentes.
 - El aumento de los embarazos en adolescentes, el uso indebido del alcohol y las drogas, y la violencia sexual son factores importantes que explican la reducción general de los niveles de vida de las mujeres y los niños. En muchas zonas de la región del Pacífico se registra un verdadero retroceso en materia de desarrollo humano.
 - Las naciones del área del Pacífico tienen las tasas de suicidio más elevadas del mundo.
 - Debido a su situación de pobreza, muchos niños y niñas de la región se ven obligados a abandonar sus estudios, ya que sus familias carecen de medios para hacerse cargo de los gastos escolares.

Los dones de Oceanía a la Iglesia universal



El lema “Con los niños de Oceanía... seguimos a Jesús” apunta muy lejos: “seguir a Jesús” es el eje vital de quienes se nos muestran a todos como dechado de santidad. Con ocasión de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud (2008), **Benedicto XVI** recordó en Sídney (Australia) a dos de esas figuras ejemplares, al referirse a “la fe que sostuvo a la beata **Mary MacKillop** en su neta determinación de educar especialmente a los pobres, y al beato **Peter To Rot** en su firme convicción de que la guía de una comunidad ha de referirse siempre al Evangelio”. Una religiosa y un catequista laico mártir que no son solo un modelo de seguimiento del Señor para la Iglesia en Oceanía, en cuyo seno vivieron, sino para la Iglesia universal.

Canonizada en vísperas del Domund 2010, Mary MacKillop (1842-1909) –en religión, María de la Cruz– es ya la primera santa australiana. Benedicto XVI dijo de ella en aquel viaje apostólico a Sídney: “Su perseverancia frente a la adversidad, sus intervenciones para defender a cuantos eran tratados injustamente y su ejemplo concreto de santidad han llegado a ser fuente de inspiración para todos los australianos”. El Papa recordó también la labor educativa y el testimonio de vida consagrada de esta religiosa y de congregaciones como la por ella cofundada, las Hermanas de San José del Sagrado Corazón.

La coherencia de una entrega

El primer beato de Papúa Nueva Guinea, Peter To Rot, nació en 1912 en Rakunai, una aldea de la isla de Nueva Bretaña, del archipiélago Bismarck. Sus padres, adultos conversos, de la primera generación de católicos de la región, habían constituido una familia ejemplar, muy respetada entre los de su tribu. Peter asistió a la escuela elemental de la misión católica y, con 18 años, empezó su formación como catequista. Era humilde, sencillo, dispuesto, con cualidades de líder, amante de la Eucaristía, de visitar al Santísimo y de la oración.

Los misioneros llegados a la tierra de Peter vieron pronto que, para que la Palabra de Dios arraigara, y dada la variedad de tribus y lenguas (al margen de la oficial, el inglés), era fundamental formar catequistas nativos que pudieran llevar a sus hermanos de tribu el anuncio de Cristo, proclamado en su lengua y encarnado en su cultura concreta. No en vano, “el título de ‘catequista’ se aplica por excelencia a los catequistas de tierras de misión” (RM 73).

Antes de terminar su tercer año de estudios, en 1933, Peter fue nombrado catequista de su aldea natal, donde se implicó como activo colaborador del párroco, mostrando una generosa entrega a la evangelización. En 1936 se casó con **Paula la Varpit**; el proyecto de vida felizmente emprendido junto a ella estará marcado por el respeto y la oración común, y como padre se caracterizará por el afecto y la solicitud por sus hijos. Su alta estima de la familia y del matrimonio cristiano quedará patente en el momento crucial de su vida.

La Segunda Guerra Mundial alcanza la isla en enero de 1942, cuando es ocupada por los japoneses. Al principio los invasores son tolerantes, aunque, por precaución, confinan a los misioneros extranjeros (también al párroco) en un campo de concentración. Peter asume entonces la responsabilidad de la vida espiritual de la parroquia, formando a los fieles, cui-





dando a los enfermos, ayudando a los pobres y presidiendo celebraciones. La marcha de la guerra acentuará la desconfianza de los ocupantes hacia la fe cristiana y sus creyentes más comprometidos, por lo que acabarán prohibiendo el ejercicio de la misión de Peter. Sin embargo, este, con gran valentía, habilita un refugio subterráneo en un terreno propio, con el fin de poder reunir a la comunidad católica para el culto y la catequesis.

Los acontecimientos se precipitan cuando las autoridades japonesas vuelven a legalizar la poligamia para atraerse a los jefes de tribu, que añoraban esa costumbre. Por pronunciarse contra ella y por presidir dos matrimonios católicos, Peter es denunciado como reo de no colaborar con las fuerzas de ocupación, arrestado hacia abril o mayo de 1945 y condenado, sin proceso, a dos meses de prisión. Cerca del fin de ese plazo, acompañado por su crucifijo de catequista (ese día había pedido a su mujer que se lo llevara), Peter es asesinado por envenenamiento mediante una inyección y asfixia. El martirio culminaba una vida de coherencia, que un tío suyo, el jefe **Tarúe**, resumió así: “Eran sus palabras tan buenas como sus hechos”.

Martirio y universalidad

Al culminar su entrega por su fe y su pueblo con 33 años, Peter es también modelo para la juventud. “A los jóvenes hay que educarlos, no tanto para tener «éxito», cuanto para vivir una vida verdaderamente cristiana: de gracia y santidad en su relación con Dios, y de verdad y amor en todas las relaciones humanas. La figura del beato Peter To Rot muestra claramente que es posible”, dijo **Juan Pablo II** a los obispos de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón (visita *ad limina*, 1-12-1998).

Ese camino de gracia y santidad, verdad y amor, que es el seguimiento de Jesús es respuesta a quien nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,10.19). Una andadura en la que los mártires resplandecen como testigos fieles de Cristo. Como explica el Papa, si “el martirio es un gran acto de amor en respuesta al inmenso amor de Dios”, al aceptar la llamada a “ofrecer la propia vida por amor a Cristo y a la Iglesia, y así al mundo”, “el mártir sigue al Señor hasta el fondo” (catequesis, 11-8-2010).

Ecclesia in Oceania recuerda a otros grandes testigos de la fe de aquel continente: “Nativos llamados al sacerdocio y a la vida religiosa, junto con muchos laicos, hicieron su indispensable aportación al crecimiento de la Iglesia en Australia y al cumplimiento de su misión. [...] Entre quienes iniciaron y continuaron la tarea misionera hubo santos y mártires, que no son tan solo la mayor gloria del pasado de la Iglesia en Oceanía, sino también su fuente más segura de esperanza para el futuro. [...] Destacan San **Pedro Chanel**, martirizado en 1841 en la isla de Futuna; los beatos **Diego Luis de San Vitores** y **Pedro Calungsod**, asesinados juntos en 1672 en Guam; el beato **Giovanni Mazzucconi**, martirizado en 1851 en la isla de Woodlark [...]” (EOc 6-7). De este modo, al leer en la misma exhortación que “las Iglesias locales de esa región del mundo constituyen una parte única de la Iglesia universal, por lo que comprenden que pueden y deben contribuir con sus dones especiales a la Iglesia entera” (EOc 9), es inevitable pensar que el mayor de dichos dones es la santidad de vida de esos cristianos ejemplares nacidos en tierras de Oceanía.



Comprometidos con el desarrollo del continente

La Iglesia católica, aunque en general es minoritaria en Oceanía, está comprometida con el desarrollo de este continente. También allí los misioneros y misioneras trabajan y dan testimonio de Cristo, especialmente entre los niños y jóvenes. El P. **Valentine**

Gryek, misionero polaco y Director de las Obras Misionales Pontificias en Papúa Nueva Guinea, donde está desde hace 25 años, afirma que “Papúa Nueva Guinea es un país muy variado: en 6 millones de personas, existen 800 idiomas, dialectos, culturas y etnias. La misión considera esta pluralidad, con la conciencia de que la gente se entusiasma fácilmente”. El misionero explica: “Los jóvenes de Papúa se encuentran ante una encrucijada: no quieren permanecer anclados a las tradiciones, pero, a la vez, no aceptan el estilo de vida occidentalizado. Con frecuencia viven en un vacío, que tratan de llenar siguiendo la emotividad. Por ello es común que pasen de una a otra Iglesia en búsqueda de algo que los sacie. Este espacio y este deseo constituyen un desafío para la misión de la Iglesia en Papúa Nueva Guinea”. Y añade: “Los jóvenes son un terreno privilegiado para la evangelización”.

Y es que las condiciones de vida de los pueblos indígenas son muy precarias. Por ejemplo, los indígenas de Papúa Nueva Guinea han ido perdiendo sus derechos sobre sus propias tierras y recursos naturales. Hace poco tiempo, el Parlamento del país modificó algunas partes de la ley que reglamenta los principales proyectos y la gestión de los recursos de esta isla, una modificación que vulnera gravemente los derechos de los pueblos aborígenes. La disputa no es nueva. Ya en 1999 el conflicto degeneró en sangrientos enfrentamientos entre el Ejército y los indígenas.

También son importantes los problemas de atención sanitaria, hasta el punto de que doce personas murieron en febrero de este año a consecuencia de la primera epidemia de cólera que ha golpeado Papua Nueva Guinea desde hace 50 años.

Una presencia muy apreciada

Por todo ello, la Iglesia quiere hacerse presente entre los indígenas, y es de hecho una presencia muy apreciada y querida, gracias al servicio misionero y a la obra de promoción humana que lleva adelante. Como ejemplo, desde hace ya más de 20 años las pequeñas islas Kiriwina –parte del archipiélago de Papúa Nueva Guinea– son una casa estable para las Misioneras de la Inmaculada y la población indígena. Unas y otros constituyen una verdadera familia. Ellas han abrazado la cultura local de algunas de las islas más pobladas de Papúa (con más de 20.000 habitantes), tratando de transmitirles los valores evangélicos. Las islas Kiriwina son muy distintas de las otras islas de Papúa, ya que, mientras la mayor parte de los guineanos son de origen melanesio, los habitantes de las Kiriwina son de origen polinesio, muy enraizados en su cultura y en su propia tradición. Aunque muchos, sobre todo jóvenes, dejan las islas para ir a vivir a las ciudades, permanecen profundamente vinculados a su propia identidad. “Naturalmente, esta cultura debe ser purificada y enriquecida con los valores evangélicos”, explican las misioneras. La comunidad de las religiosas está muy comprometida con el trabajo pastoral. Visitan a las familias y organizan varias actividades para niños, adolescentes y adultos.

El P. Valentine Gryek sigue explicando que, en ese acercamiento a los jóvenes, “la Iglesia local promueve centros de desarrollo socioeconómico y escuelas para actividades profes-



Servicio Informativo



sionales. La instrucción cuesta, y se trata de una inversión para las familias. La comunidad católica está muy presente en este sector, haciendo posible la presentación de los valores cristianos a las jóvenes generaciones”.

Llegadas desde España, las Misioneras Mercedarias de Bériz están comprometidas desde hace años en dar testimonio de Cristo entre los jóvenes de la pequeña isla de Pohnpei, en Micronesia. Entre las diversas iniciativas comenzadas está la escuela de Nuestra Señora de la Merced, que, hasta el año 2009, ha sido un centro de educación alternativa y profesional para niñas. En la actualidad la escuela se ha transformado en un centro académico mixto de preparación de cara a la Universidad. Los estudiantes asisten a cursos de Teología, celebraciones litúrgicas y retiros; además, su formación revierte en el servicio a la comunidad: trabajan como maestros de apoyo para los niños, ayudan a los ancianos y los enfermos que no pueden salir de casa, visitan y oran con los presos, sirven en la parroquia...

Asimismo, la escuela técnica “Don Bosco” de Honiara (en las islas Salomón) ha inaugurado, con la ayuda de voluntarios australianos, un taller de carpintería solo para niñas, ya que muchas empresas están a la búsqueda de mujeres carpinteras.

La Biblia, una referencia cotidiana

También en Papúa Nueva Guinea, un país donde los índices de criminalidad y problemas juveniles alcanzan niveles altísimos y donde las crónicas hablan de una auténtica “emergencia social”, la Iglesia católica ha decidido “invertir en los jóvenes”, dirigiendo hacia ellos gran parte de sus energías pastorales. Se trata, por un lado, de dar una respuesta espiritual y pastoral a dicha emergencia y, por otro, de recuperar la confianza de toda la sociedad con respecto a los jóvenes, considerándolos recursos y talentos sobre los cuales construir el futuro de la nación.

Explicando la realidad de la misión de la Iglesia en Papúa, el P. Gryek destaca que “somos un país de mayoría cristiana, en el que la Biblia es una referencia cotidiana para la vida de las personas: se la lee para las decisiones de cada día. Se da, sin embargo, una excesiva fragmentación de las mismas Iglesias: existen muchas denominaciones cristianas, oficiales y no. Con las oficiales existe un discurso ecuménico que, con las otras, resulta imposible. A veces, en pequeñas ciudades, se registran decenas de comunidades cristianas distintas, y es necesario estar atentos a la proliferación de las sectas”.

No obstante las propias necesidades, la comunidad católica de Papúa Nueva Guinea mira más allá de sus confines, afirma el P. Valentine Gryek. “Somos una Iglesia abierta a la misión *ad gentes*: hay ocho sacerdotes locales en misión. Este hecho constituye para nosotros una gran esperanza, incluso cuando aquí, dada la vastedad del territorio, siempre se necesitan sacerdotes. Es el Espíritu Santo quien conduce la misión y somos felices de ser sus instrumentos”.



Juan Martínez Sáez, *fmvd*. Colaborador de las OMP